



Veamos el secreto

Joan Massagué

En Cambridge, San Francisco, San Diego y Boston, el modelo de biorregión se ha desarrollado con envidiable éxito. Seattle y Baltimore están en ello. Singapur, Seúl y Shanghai van tomando nota. Desde Basilea hasta Nueva York, la industria farmacéutica traslada sus centros de investigación a otras localidades o están rejuveneciendo su propio entorno. En Europa, sin embargo, hay un cierto vacío. En cualquier caso, no es preciso inventar nada nuevo, sólo hace falta ver si se dispone de los ingredientes y la determinación necesarios para el éxito, y si se conoce un secreto.

Veamos. Para empezar, el entorno debe ofrecer ciertas prestaciones: presencia de múltiples universidades, tradición en ciencias médicas y de la vida, industria farmacéutica propia, grandes instalaciones hospitalarias, buenas comunicaciones, metrópolis acogedora y cosmopolita, buena calidad de vida y bienestar social. Sobre este terreno, y en el entorno de universidades, consejos de investigación, hospitales e industrias, se implantan institutos monográficos que capitalicen oportunidades científicas del momento. Se trata de institutos con programas de investigación en cinco o seis áreas estratégicas, no más. Cada programa consta de varios líderes de investigación con su grupo. Cada grupo consta de una docena de personas, más o menos. Se procura atraer algunas grandes figuras, para que ejerzan liderazgo y proporcionen visibilidad al centro.

Universidades superpotentes, como MIT o Harvard, han tenido capacidad para sostener, a lo sumo, dos o tres institutos de este tipo en biomedicina. Hay que sentar prioridades y concentrar esfuerzos. La dispersión es síntoma de liderazgo débil

«Hay que sentar prioridades y concentrar esfuerzos. La dispersión es síntoma de liderazgo débil y causa eterna de fracasos.»

y causa eterna de fracasos. La universidad da apoyo al instituto, el cual retorna el favor a su entorno facilitando la concentración en temas de investigación candentes, implementando infraestructuras tecnológicas de alto coste y complejo mantenimiento, irradiando fuerza, proporcionando visibilidad y, sobre todo, atrayendo talento. El talento atrae más

talento, estimula ideas y facilita descubrimientos. Alimenta a la industria y hospitales con personal bien formado, tecnologías punta y propiedad intelectual competitiva. La industria y el ámbito clínico, a su vez, estimulan la creatividad científica. Si todos ellos coexisten en un mismo espacio físico, o *parque científico*, mejor todavía.

La investigación la hacen mujeres y hombres de talento. Las mejores estrellas suelen ser jóvenes, en la treintena. Son gente dinámica, cosmopolita, que se maneja dentro de la gran comunidad científica internacional. Vienen repletos de ideas a punto de eclosionar en descubrimientos. Hay que ir a por ellos. No necesitan mucho, pero exigen lo necesario. Responden a un mercado de oportunidades, y se van donde las haya. Desdennan el tic ibérico de invertir en investigación a empujones vistosos y gestos del momento. Invertir en ellos y ellas, y en ello, de forma sostenida: ahí está el secreto. #

JOAN MASSAGUÉ, PREMIO PRÍNCIPE DE ASTURIAS DE INVESTIGACIÓN
(Este texto es un extracto del artículo publicado en *La Vanguardia* el 6 de marzo de 2005)